



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de Nuestra Señora Reina del Cielo

Hoja Semanal * Año «VIII» * nº « 16 » * 26 * Enero * 2014

Evangelio de este Domingo

Se estableció en Cafarnaún. Así se cumplió lo que había dicho Isaías

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt 4, 12-23).

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan, se retiró a Galilea. Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí.

Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: *«País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.»*

Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: *«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.»* Pasando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, Simón al que llaman Pedro, y a Andrés, su hermano, que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: *«Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres.»* Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Y, pasando adelante, vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Mateo (Mt 4, 12-23).
- Magisterio: Evangelización del mundo contemporáneo (37).
- Tradición: San Basilio: *«Tenemos en nosotros una fuerza para amar».*
- Al Sº Verdad: Juan, el Papa Bueno: *«Espíritu tranquilo y corazón en paz».*

>> Visite nuestra Web: www.reinacielo.com

El Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. Pablo VI

"Evangelii Nuntiandi"

La evangelización del mundo contemporáneo (37)

76. Consideramos ahora la persona misma de los evangelizadores. Se ha repetido frecuentemente en nuestros días que este siglo siente **SED DE AUTENTICIDAD**. Sobre todo con relación a los jóvenes, se afirma que éstos sufren horrores ante lo ficticio, ante la falsedad, y que además son decididamente partidarios de la verdad y la transparencia. A estos "signos de los tiempos" debería corresponder en nosotros una actitud vigilante. Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: **¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?** Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que **en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos.**

Al comienzo de esta reflexión, nos hemos preguntado: ¿Qué es de la Iglesia, después del Concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpelar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios Absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración, y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común, con el fin de que el mundo crea? Todos nosotros somos responsables de las respuestas que pueden darse a estos interrogantes.

Exhortamos, pues, a nuestros hermanos en el Episcopado, puestos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios. Exhortamos a los sacerdotes y a los diáconos, para congregar el pueblo de Dios y animar espiritualmente las comunidades locales. Exhortamos también a los religiosos y religiosas, invitados de manera especial a una vida que dé testimonio de las bienaventuranzas evangélicas. Exhortamos asimismo a los seglares: familias cristianas, jóvenes y adultos, a todos los que tienen un cargo, a los dirigentes, sin olvidar a los pobres ricos de fe y de esperanza, a todos los seglares conscientes de su papel evangelizador al servicio de la Iglesia o en el corazón de la sociedad y del mundo.

Nos les decimos a todos: es necesario que nuestro celo evangelizador brote de una verdadera santidad de vida y que, como nos lo sugiere el Concilio Vaticano II, la predicación alimentada con la oración y sobre todo con el amor a la Eucaristía, redunde en mayor santidad del predicador. Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios **lo busca sin embargo por caminos insospechados** y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda.



Perlas de nuestra Tradición: **San Basilio Magno, Obispo. De la Regla Monástica Mayor**

Tenemos depositada en nosotros una fuerza que nos capacita para amar

El amor de Dios no es algo que pueda aprenderse con unas normas y preceptos. Así como nadie nos ha enseñado a gozar de la luz, a amar la vida, a querer a nuestros padres y educadores, así también, y con mayor razón, el amor de Dios no es algo que pueda enseñarse, sino que **desde que empieza a existir este ser vivo que llamamos hombre es depositada en él una fuerza espiritual, a manera de semilla, que encierra en sí misma la facultad y la tendencia al amor.** Esta fuerza seminal es cultivada diligentemente y nutrida sabiamente en la escuela de los divinos preceptos y así, con la ayuda de Dios, llega a su perfección. Por eso nosotros, dándonos cuenta de vuestro deseo por llegar a esta perfección, con la ayuda de Dios y de vuestras oraciones, nos esforzaremos, en la medida en que nos lo permita la luz del Espíritu Santo, por avivar la chispa del amor divino escondida en vuestro interior.



Digamos en primer lugar que Dios **nos ha dado previamente la fuerza necesaria para cumplir todos los mandamientos que él nos ha impuesto**, de manera que no hemos de apenarnos como si se nos exigiese algo extraordinario, ni hemos de enorgullecernos como si devolviésemos a cambio más de lo que se nos ha dado. Si usamos recta y adecuadamente de estas energías que se nos han otorgado, entonces llevaremos con amor una vida llena de virtudes; en cambio, si no las usamos debidamente, habremos viciado su finalidad. En esto consiste precisamente el pecado, **en el uso desviado y contrario a la voluntad de Dios de las facultades que él nos ha dado para practicar el bien**; por el contrario, la virtud, que es lo que Dios pide de nosotros, consiste en usar de esas facultades con recta conciencia, de acuerdo con los designios del Señor.

Siendo esto así, lo mismo podemos afirmar de la caridad. Habiendo recibido el mandato de amar a Dios, tenemos depositada en nosotros, desde nuestro origen, una fuerza que nos capacita para amar; y ello no necesita demostrarse con argumentos exteriores, ya que cada cual puede comprobarlo por sí mismo y en sí mismo. En efecto, **un impulso natural nos inclina a lo bueno y a lo bello**, aunque no todos coinciden siempre en lo que es bello y bueno; y, aunque nadie nos lo ha enseñado, amamos a todos los que de algún modo están vinculados muy de cerca de nosotros, y rodeamos de benevolencia, por inclinación espontánea, a aquellos que nos complacen y nos hacen el bien.

Y ahora yo pregunto, **¿qué hay más admirable que la belleza de Dios?** ¿Puede pensarse en algo más dulce y agradable que la magnificencia divina? ¿Puede existir un deseo más fuerte e impetuoso que el que Dios infunde en el alma limpia de todo pecado y que dice con sincero afecto, desfallezco de amor? El resplandor de la belleza divina es algo absolutamente inefable e inenarrable.

Al Servicio de la Verdad: **Juan, el Papa Bueno. "Obedientia et Pax" (7)**
El espíritu es tranquilo y el corazón está en paz (2).

El año 1921 marcó el inicio de un extenso período de tiempo, más de treinta años, que empieza con el nombramiento de Secretario para Italia de la Obra de la Propagación de la Fe (18 de enero de 1921), simultaneando esta tarea con la encomienda de Prelado Doméstico del papa Benedicto XV, lo que le permitió conocer de cerca la situación de la Iglesia italiana y de países europeos como Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, y con la de Pío XI para la organización de la Exposición misionera de 1925.



El 3 de marzo de este mismo año, fue designado Visitador Apostólico en Bulgaria, con función episcopal, como puente hacia las iglesias ortodoxas, empezando así una carrera diplomática que le llevará de Sofía a París, pasando por Estambul y Atenas. Fue entonces cuando escribió: *"En verdad", escribe el nuevo prelado, "ser nombrado obispo o ser un simple sacerdote sólo se ve pero no dice nada del espíritu del que busca la gloria del Señor en vez del valor escurridizo de las cosas mundanas. El espíritu es tranquilo y el corazón está en paz. Me baso en la obediencia dejando ciertas cosas y centrándome en otras. Sí, "Obedientia et Pax": he aquí mi lema. Que sea siempre así".*

El 25 de abril empezó a ejercer en Sofía, la capital de Bulgaria, donde hubo de enfrentar la difícil situación de la población católica de Macedonia y Tracia, que a causa de la Guerra había dejado su tierra y buscaba refugio en Bulgaria y carecía de un líder religioso. Al día siguiente de su llegada, recibió a los líderes de las comunidades católicas y seguidamente él mismo visitó a los líderes y sus comunidades, llevándoles su ayuda y su bendición. Un año más tarde nombró Administrador Apostólico de Bulgaria al Abad Stefano Kurtev y dotó a la Iglesia búlgara de una adecuada organización.

A finales de 1934, pasó a Estambul y en 1937 a Atenas como delegado apostólico para Turquía y Grecia; tanto en Turquía como en Grecia, donde se miraba con mucho recelo a la Iglesia católica. En ambos casos trató de suavizar las relaciones con la Santa Sede, destacándose de su labor el acercamiento, después de siglos, con la jerarquía ortodoxa y, ya en la Segunda Guerra Mundial, la mediación secreta entre el gran rabino de Palestina y el Vaticano, lo que permitió la salvación de miles de judíos perseguidos por el nazismo.

(Cont.)